MARÍA DOLORES ILLESCAS

Agitación social y bandidaje en el Estado de Morelos durante el siglo XIX

I. Introducción. Quiénes son los bandidos

A todo lo largo del siglo XIX se evidencian diferentes manifestaciones de protesta de la población rural explotada de nuestro país, lo cual, en opinión de Leticia Reina, no es sino el reflejo de contradicciones sociales que se fueron agudizando sin hallar salida más que en la forma de estallido violento o lucha armada. Tales estallidos, sin embargo, por lo general fueron precedidos de una primera etapa de legalidad en la movilización campesina, aunque, más tarde o más temprano, ésta dio paso al convencimiento de que por esa vía no se habría de obtener justicia alguna y, por contraparte, que la opresión de hecho aumentaba al hacer los campesinos patente por vía judicial la inconformidad por el despojo de recursos de que eran víctimas. Al tener lugar dicho convencimiento, su reacción asumía formas muy violentas que acababan por desembocar en la lucha armada, ya a nivel prepolítico (individual o desorganizada), ya a nivel político.¹

También característica de la movilización campesina en el período es su cortedad de miras, su obstinada tendencia a subordinar intereses de largo plazo a los de plazo inmediato, aunque con esto sus movimientos de protesta se volvieran fácilmente manipulables por agentes externos, lo cual muchas veces torcería su sentido original y acabaría por disolver su rebeldía en empresas políticas más vastas.² Tal situación es clara en el caso de los campesinos de los estados de Morelos, Hidalgo y Guerre-

1 Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, Siglo XXI, México, 1980, pp. 11, 15-41.

2 Eric Wolf, *Los campesinos*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 1978, 3a ed., p. 121.

ro, agrupados por el general Juan Álvarez para apoyar el Plan de Ayutla y combatir la dictadura de Santa Anna; al triunfo de esta revolución (ganada por la alianza entre campesinos y pequeña burguesía liberal) la situación del campesinado permaneció igual.

Podemos hablar de las movilizaciones campesinas que desembocan en revueltas sangrientas que, como señala Eric Wolf, sorprenden por su crueldad a quienes tienen la imagen del campesino humilde, paciente y dócil, como manifestaciones abiertas de la oposición siempre latente hacia aquéllos que estructuralmente los explotan.³

Ahora bien, en la etapa "prepolítica" de la protesta campesina se da un fenómeno de oposición activa de carácter individualista al orden social que el campesino sostiene con su trabajo, y que se denomina *bandolerismo social*. Este bandolerismo se tipifica en la figura de Robin Hood, el bandido-héroe que roba a los ricos para ayudar a los pobres, o en la del mexicano "Chucho el Roto", figuras a quienes los campesinos convierten en ídolos y admiran en canciones y cuentos.

El bandolero social se halla en un nivel de lucha prepolítico o "primitivo" en la terminología de Eric Hobsbawm, porque el sentido de su acción es impreciso, ambiguo y aun a veces abiertamente "conservador", y se da siempre en sociedades preindustriales. Como dice Hobsbawm,⁴ todavía no ha dado con un lenguaje específico en el cual expresar sus aspiraciones tocantes al mundo, por lo cual sus movimientos participan muchas veces de la ceguera y la desorganización. El bandolerismo social, sostiene el mismo Hobsbawm, es poco más que una protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza: un grito de venganza, aunque individualista, contra el rico y los opresores, un sueño confuso de poner algún coto a sus arbitrariedades, un enderezar entuertos particulares. Sus ambiciones son pocas, quiere un mundo tradicional en el que los hombres reciban un trato de justicia, no un mundo nuevo. El bandolerismo social se convierte en epidémico cuando una sociedad campesina que no conoce

3 *Idem*, p. 141

4 Al respecto, véase la obra clásica de Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1974.

otra forma mejor de autodefensa se encuentra en condiciones de tensión y desquiciamiento anormales. En tales circunstancias, y cuando el campesino no ha adquirido conciencia política, el bandolerismo social se convierte en la única válvula de escape a situaciones que no permiten otra salida; el bandolero social, aunque protesta, no lo hace contra el hecho de que los campesinos sean pobres y estén oprimidos, sino contra el hecho de que la pobreza y opresión resultan a veces excesivas.

Por ello es que, señala Hobsbawm, de los héroes bandoleros no se espera que configuren un mundo de igualdad, sino solamente que enderecen algunos entuertos y demuestren que algunas veces la opresión puede revertirse. La función práctica que desempeña el bandido es en el mejor de los casos la de imponer ciertas limitaciones a la opresión tradicional en la sociedad tradicional, so pena de desorden, asesinato y extorsión.

El apoyo que el bandolero de hecho se agencia de los campesinos en lucha, y su unión más o menos fácil, como plantea Leticia Reina, se explica por la pugna permanente con las autoridades locales, lo cual le identificaba de inmediato con aquéllos que por cualquier motivo entraban en el mismo tipo de contradicción con otra clase poderosa cuyos intereses eran fuente continua de expoliación.⁵

En el caso del Estado de Morelos, durante todo el siglo XIX tenemos una continua agitación social y un bandidaje de carácter tanto endémico como epidémico, más bien localizado en la tierra caliente del oriente y del sur (sobre todo Cuautla-Jonacatepec-Yautepec), pero también presente en el resto del Estado.

Aunque solía calificarse de *bandido* a cualquiera que manifestase una inconformidad activa con el *status quo*, fueren cuales fueren sus motivos, métodos, ideología o ausencia de ella, objetivos, etc., el bandidaje propiamente dicho recogía elementos procedentes de diversos puntos del espectro social: militares desocupados que no habían logrado provecho en los numerosos golpes y cambios de poder que tuvieron lugar antes del régimen de Díaz, trabajadores escapados de las haciendas, desertores del

5 Reina, *Op. cit.*, p. 31.

ejército, campesinos sin tierras, pequeños rancheros cuya economía había sido desplazada y destruida por el predominio de las grandes haciendas, etc.⁶ Todos ellos, de una u otra manera, manifestaban oposición y pugnaban por la destrucción de un sistema social de distancias insalvables y aguda oposición de intereses: la hacienda contra los pueblos por el dominio de tierras, aguas y hasta bosques; la hacienda en tanto que empresa en expansión contra el trabajo, buscando siempre invertir lo menor posible en jornales; por añadidura, los conflictos ya fuera con potencias extranjeras —como la intervención norteamericana en 1847—, ya al interior del país entre liberales y conservadores antes del establecimiento del “orden” porfiriano, conflictos que dejaban arrasados los campos, exigían la alineación forzosa en uno u otro bando en forma de leva⁷ y redundaban en el aumento de impuestos para levantar un erario público crónicamente al borde de la bancarrota o, en su caso, para sostener la guerra.

Puede pensarse que con el establecimiento de un Estado fuerte y centralizado, interesado en conservar “la paz y el orden” que favorecían a unos cuantos hombres embarcados en el proceso de modernización del país, esto es, fundamentalmente con el régimen de Díaz, y bajo la feroz represión de hombres como Manuel Alarcón, jefe de los guardias rurales de los distritos de Yau-tepec y Tetecala desde 1869 hasta 1876, ascendido entonces a jefe estatal de los rurales (guardias), y a gobernador en 1894, el bandidaje se extinguió. Mas, aunque en efecto fue muy mermado, no logró acabarse con él de un modo total, porque sus causas no fueron siquiera paliadas, sino, por el contrario, cobraron mayor fuerza y las contradicciones generadas por ellas se agudizaron. En este contexto aparece el bandidaje en el Morelos rural como un antecedente del movimiento zapatista que sí supo recoger, organizar, dar forma y abrir cauces de acción a las aspiraciones de justicia del campesinado en la región.

6 Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1980, p. 92.

7 Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, Col. Sep/Setentas núm. 80, México, 1973, p. 30.

II. El marco estructural

Siguiendo fundamentalmente a Arturo Warman, tenemos que la agresión estructural al campesino de Morelos traza sus inicios muy temprano, antes de 1550, cuando el territorio del actual Estado había sido repartido en encomiendas (esto es, el derecho a cobrar tributos de vasallaje y retener una comisión), invariablemente a ellas se añadieron las mercedes reales que otorgaban el disfrute de una superficie territorial como propiedad plena, donde el encomendero podía usar el trabajo indígena en una unidad productiva en beneficio propio.⁸ Es de notar que también el agua se mercedó con largueza.

Las donaciones originales de tierras y aguas crecieron casi ininterrumpidamente durante toda la época colonial mediante las *composiciones* en que las propiedades de los españoles disfrutaron la legalización de situaciones de hecho en que éstas habían dilatado sus límites.

Otro mecanismo de apropiación territorial fue el juicio de amparo en los casos de conflicto con los pueblos. De esta manera, y junto con la merced, la composición, la compraventa y el traspaso, se favoreció la acumulación territorial.⁹

En 1567, el Marqués de Falces, Virrey de la Nueva España, creó el fundo legal de los pueblos, un cuadro de mil varas por lado que tenía en su centro la iglesia del poblado, y prohibió que se hicieran mercedes a españoles a cierta distancia de su límite. En 1687 una orden real modificó el fundo legal y concedió a las comunidades 600 varas desde las últimas casas del poblado; como iba en contra de los intereses de propietarios españoles, esta orden se modificó ocho años después, dejando las 600 varas pero medidas desde la iglesia del pueblo. Con medidas como éstas se frenó, aunque no se detuvo, el ritmo del despojo territorial y se dio a los indios la oportunidad de pelear legalmente con base en títulos jurídicos que los declaraban dueños de la tierra pero, al fin y al cabo, "la historia de la lucha (no es sino) la historia del

8 Arturo Warman, *...Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1976, p. 37

9 *Idem*, p. 39

despojo".¹⁰ Incluso los pueblos dotados con mercedes reales, como Tepalcingo, fueron despojados.

El avance hacendario durante los siglos XVI y XVII se vio favorecido por el descenso poblacional de los indígenas. Hacia finales del siglo XVIII, los pueblos ya habían sido circunscritos con más o menos rigor a sus fundos legales, pero era precisamente entonces cuando tenían que soportar una población en proceso de recuperación. Por contraste, las mercedes otorgadas a los españoles, originalmente ocho veces mayores que el fundo legal, habían crecido regular y sistemáticamente y se habían concentrado en menos manos.¹¹

A la limitación territorial se aunaba el despojo de aguas y de las mejores tierras. Con esto inevitablemente se afectó el de por sí bajo nivel de subsistencia india, que se vio ante la imposibilidad de incrementar la intensidad del cultivo dada la mala calidad de las tierras, y la restricción cada vez mayor para poder optar por el cultivo extensivo, pues ya no tenía superficie suficiente para ello. De esta manera, el indígena se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, lo cual, en opinión de Warman, hizo que perdiera rigor y eventualmente desapareciera el reparto laboral obligatorio.¹²

La presión sobre la tierra, a la par que creó una oferta de trabajo por parte de los comuneros, también se abocó a una mayor demanda de territorio, con lo cual se incrementó la aparcería, que resultaba ventajosa al empresario por dos razones: le daba un ingreso por sus tierras ociosas y también arraigo permanente de mano de obra en su propiedad, misma que "le debía gratitud y obediencia".¹³

Entre otras circunstancias, la estabilidad de los precios —relativamente altos— del azúcar durante la mayor parte del siglo XVII, hacía muy atractiva la inversión en los ingenios, aunque las presiones de un mercado muy competitivo que demandaba gran capacidad financiera favoreció la concentración de la producción en unas pocas explotaciones de mayor eficiencia; en este proceso

10 *Idem*, pp. 41-42

11 *Idem*, p. 43.

12 *Idem*, pp. 43, 51.

13 *Idem*, p. 44.

de concentración, la transmisión de la propiedad por compra-venta se hizo típica. En el siglo XVIII, la hacienda se consolida como una gran unidad económica; la tendencia a la concentración en gigantescas empresas (los ingenios aceleran su apropiación de haciendas pequeñas que no pudieron resistir la competencia) se hizo más patente. La dinámica propia de esta institución empresarial que se va consolidando se traduce en un crecimiento constante de la superficie de caña, con el consiguiente acaparamiento de tierras de los pueblos y, sobre todo, de sus aguas, esto último a costa de la aridez de la región y en ocasiones del completo desalojo a las comunidades.

A principios del siglo XVIII, el sistema de trabajo (sobre todo como resultado de contratos de abasto de mano de obra celebrados entre gobernadores o principales de los poblados indios y hacendados, esto más que nada a partir de la ley de 1599 que señalaba a los indios la prohibición de trabajar en los ingenios, y el trabajo no ya forzoso sino voluntario en los cañaverales, lo cual, por supuesto, no se cumplió), se vino abajo y las haciendas tuvieron que negociar con capitanes en cuadrillas de trabajadores libres (en la acepción liberal) a los que se pagaba personalmente.¹⁴

Sin embargo, los hacendados se quejaron siempre de la irregularidad e inconstancia de tales trabajadores y esto fue, tal vez, según sugiere Warman, "... la motivación más importante para la última y definitiva expansión territorial de las haciendas en el oriente de Morelos, que expropiaron enormes superficies que no podían ni tenían la intención de trabajar".¹⁵

Por otra parte, la aparcería arraigaba una fuerza de trabajo que inevitablemente bajaba el precio de los salarios. Es desde entonces (siglo XVIII), que los hacendados se resistieron a pagar a sus trabajadores salarios suficientes, y esto va a ser una de las causas, junto con la motivación fundamental de la tradicional lu-

14 Warman, en referencia a Barret, *Op. cit.*, p. 51.

15 Warman, *Op. cit.*, p. 14.

cha por las tierras, de los movimientos y revueltas que se dan en la región.¹⁶

La apropiación por la fuerza de las tierras de los pueblos, proceso acelerado durante el siglo XVIII, se vio favorecido por el hecho de que sólo los pueblos grandes (de más de cuatro mil personas para la región de Morelos) podían convertirse en cabeceras municipales; y sólo las cabeceras tenían título sobre la tierra comunal; esto significa que los derechos de los pequeños asentamientos sobre la tierra comunal existían ahora meramente como concesión del concejo municipal. En Morelos, las 94 cabeceras del año 1800 se convirtieron en 22 municipalidades después de la Independencia.¹⁷

El despojo territorial de los pueblos estaba ya muy avanzado al finalizar la época colonial, los recursos territoriales y de agua de los pueblos eran muy limitados, demasiado estrechos para absorber un crecimiento demográfico constante. Pero el despojo no se detuvo en el siglo XIX, sino que, por el contrario, se acentuó, agravando insoportablemente la situación de los campesinos. Al amparo de las leyes liberales que culminan con la ley de desamortización de las comunidades civiles y religiosas el 25 de junio de 1856, la industria cañera se embarcó en un proceso de especialización creciente y de expansión del cultivo de caña, preludio de su acelerada modernización y desorbitado aumento en la producción que se daría durante la "época de oro" del porfiriismo. Durante este proceso "...algunos pueblos simplemente desaparecieron... otros pueblos y ciudades declinaban o languidecían bajo el cerco territorial de las haciendas que los obligaban a expulsar población por falta de espacio".¹⁸ El crecimiento poblacional que se dio en el siglo XIX (fundamentalmente absorbido por los municipios) y el reacomodo de la mano de obra se hizo, en el fondo, en función de los requerimientos de la omnipotente industria azucarera.

Aunque el despojo territorial por parte de la hacienda no ad-

16 Leticia Reina subraya la lucha por el aumento de jornales en los años de 1856-1857 pero hacen falta más documentos que avalen la suposición, también aceptada por Warman, de que junto a la demanda de tierras, ésta fue una causa fundamental de revueltas campesinas en la región.

17 De la Peña, *Op. cit.*, p. 83, en referencia a Gerhard.

18 Warman, *Op. cit.*, pp. 74-75.

quirió para el oriente de Morelos grandes proporciones durante el siglo XIX, y de hecho se suspendió en la última década, el efecto que tuvo sobre los pueblos fue devastador, pues por la pérdida acumulativa de recursos ya muy mermados, se acabó por romper el frágil equilibrio que hacía posible continuar una labor agrícola con cierta autonomía. Por ejemplo, los pueblos del Amatzinac, dedicados de mucho tiempo al cultivo de huertas, perdieron el agua en el siglo XIX; casi todos los pueblos perdieron sus potreros (o por despojo o por tener que dedicarlos al cultivo) y con ello se vino abajo toda una tecnología basada en la tracción animal. La agricultura de los pueblos, cada vez más dependiente de la hacienda, se restringió, de modo que proporcionara mano de obra barata y estacional que sólo podían aportar campesinos con una producción propia aunque insuficiente.¹⁹

La legislación liberal, en suma, permitió la expansión final de la hacienda y la penetración de la fábrica de papel San Rafael en tierra fría.

Hacia finales del siglo XIX "más de la mitad del territorio total de Morelos había pasado a manos de las haciendas porfirianas, mientras que la pequeña propiedad, incluyendo los pequeños solares urbanos, disponía de menos de un quinto de la superficie".²⁰

La propiedad abiertamente protegida de las haciendas hacía atractiva y redituable la inversión en mejoras territoriales y en la modernización del proceso de elaboración de azúcar y mieles. Hacia 1870 se hizo común en la región la maquinaria de moler que sacaba mayor proporción de azúcar que las prensas viejas; se comenzaron a hacer trabajos en un sistema regular de ferrocarriles y surgió la perspectiva de un mercado nacional unitario; los hacendados, para complementar sus intereses en la producción de caña, metieron el ferrocarril al Estado,²¹ lo cual favoreció la importación de maquinaria fabril (se introducen a partir de 1880 las máquinas centrífugas en las haciendas de Tenango y

19 *Idem*, p. 76.

20 *Idem*, p. 58.

21 John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1982, p. 41.

Santa Clara; la fiebre de mecanización hace que se importen guías y básculas, molinos, calderas y demás accesorios que permitían sustituir por el vapor la fuerza hidráulica),²² y permitió el acceso rápido y barato a los centros de distribución y consumo. Ello implicó el aumento en el volumen de la producción al exigir incrementos en el tonelaje transportado para mantener bajas las tarifas correspondientes. Para satisfacción de los hacendados, que eran sus accionistas, en 1881 se inaugura el tramo de México a Cuautla del ferrocarril Interoceánico; en 1883 llega un ramal a Yauhtepec, y en 1894 se inaugura el ferrocarril de México a Cuernavaca. Por entonces tenemos un Estado centralizado y fuerte, muy interesado en garantizar la seguridad en los caminos, ya que se requería la ampliación de éstos, y el libre flujo en ellos para consolidar el recién abierto mercado interno a nivel nacional.

La modernización de las máquinas, y la introducción del ferrocarril, así como la expansión del mercado mundial del azúcar de 1880 a 1910, exigió un nuevo crecimiento de los ingenios, un esfuerzo por acaparar tierras donde cultivar más caña; y a medida que su producción fue aumentando, ejercieron presión para abolir los impuestos interestatales subsistentes y para mantener o elevar los aranceles nacionales que protegían su industria.²³

Después de 1880, las nuevas oportunidades que se les ofrecían a los hacendados para multiplicar sus ganancias, en su otra cara, la que no les sonreía, agravaba conflictos sociales no resueltos que, por sus efectos acumulativos, provocaron su expresión en numerosos actos de violencia continuamente reprimidos con la brutalidad célebre del régimen que no se avergonzaba de usar el "palo".

III. Una ojeada a la agitación social en la primera mitad del siglo XIX.

La historia de las insurrecciones campesinas en el actual estado de Morelos se remonta a la participación activa que tuvieron, sobre todo los valles de Cuautla y del oriente, en la lucha por la independencia, encabezada por José María Morelos (1811-1815;

²² Warman, *Op. cit.*, p. 58

²³ Womack, *Op. cit.*, p. 41.

para Cuautla especialmente el año de 1813). Dice Warman: "los criollos rancheros y sus vaqueros mestizos, el clero rural y los comuneros indígenas, dieron su apoyo a Morelo, que realizaba el esfuerzo más lúcido y congruente para convertir la lucha política en una revolución social con matices agrarios".²⁴ De la zona destacaron dos jefes militares: Francisco Ayala de Mapastlán (en la región hoy llamada Villa de Ayala) y Mariano Matamoros, cura párroco de Jantetelco.

Con la victoria de Iturbide se consiguió la independencia política y se conjuró la amenazante revolución social que tanto temían los criollos y propietarios, pero el precio que hubo de pagarse fue el de una larga etapa de violencia, caciquismo, pronunciamientos militares y un bandolerismo crónico que iba de lo pintoresco a lo crudelísimo. Inaugura esta etapa para Morelos el levantamiento de Vicente Gómez en 1823, como un contragolpe a un pronunciamiento de los hacendados. Este movimiento llegó a adquirir fuertes connotaciones raciales y agrarias que cayeron en la manipulación criolla que habría de desembocar en la expulsión de los españoles en 1827, decretada primero en el Estado de México y después extendida a todo el país.²⁵ Reflejo de esta situación lo da el documento que notifica al Ministerio de Gobernación de las actividades del coronel Ordiera y el "faccioso" D. Loreto Cataño en septiembre y octubre de 1828. El prefecto interino de Cuernavaca informa de los asaltos cometidos por Cataño a la hacienda de Oacalco y en los alrededores de Cuautla: Cataño "...comete excesos en cada hacienda y cada pueblo por los que pasa y que no pueden defenderse por sí mismos". Se notifica también que el "faccioso" Loreto Cataño, al mando de una gavilla de unos 18 hombres, atacó las haciendas de Tenango y Tenestepango y siempre en ellas "...roba, asalta, *mata españoles —y aún americanos pacíficos*" (el subrayado es mío). Es significativo que la denominación de "español" es una designación étnica utilizada aquí para señalar una situación de diferencias sociales, ya que se está haciendo referencia a los hacendados de la región. Por el Monte de Ayozingo se percibe a Cataño y Ordiera acaudillando una partida de 30 hombres que llegaron incluso a

24 Warman, *Op. cit.*, p. 89.

25 *Idem*, p. 90.

posesionarse de Cuautla y, al ser desalojados por la guardia nacional, merodearon por los rumbos de Totolapam y Tlayacapa, descubriendo el alcalde del pueblo de Ozumba que sus miras eran "revolucionar en los pueblos de este Partido a favor del Plan del Gral. Santa Anna". Su pronunciamiento pide la expulsión de todos los españoles y condena "las actuales instituciones" (proclama fechada el 26 de septiembre de 1828) "que no respetan los decretos de la Sagrada Carta Constitucional y las garantías por ella otorgadas a todos los mexicanos".²⁶ Es muy posible que antes que un movimiento puramente político tengamos aquí el reflejo de un movimiento social, aunque también se percibe la inestabilidad en el gobierno y el clima general de inseguridad.

En efecto, después de la Independencia existe una atomización del poder, un Estado nacional incapaz de conducir al país política y económicamente por ser excesivamente débil frente a una miríada de poderes locales afianzados en la propiedad de la tierra, y cuya expresión frecuente es la figura de los caciques (usualmente militares convertidos en terratenientes en sus lugares de origen). Tal situación se manifiesta nítidamente en el documento del año 1829 en que el gobierno del Estado de México comunica al Ministerio de Gobernación sobre "una multitud de ladrones y asesinos que andan cometiendo los mayores excesos ya en los caminos, ya en las mismas poblaciones"; el alcalde de Cuautla reporta en enero de 1829 que su municipalidad "...se halla sumida en la confusión y el desconsuelo (...) que no se remediarán si no se le proporcionan los auxilios necesarios"; al efecto, reporta una dispersión de armas considerable, portadas unas por "...la infinidad de reos que fueron libertados por el ciudadano José Ma. Larios, y otras por los cívicos dispersos que cometen toda clase de abusos", "bandidos que paralizan el comercio, las artes y la agricultura". Pide angustiadamente la reinstalación "en el mayor orden" de la milicia cívica; la autorización para recoger las armas y poder así perseguir implacablemente las numerosas cuadrillas de salteadores; pide con urgen-

26 Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Gobernación (en adelante Gob.), ramo de Tranquilidad Pública (en adelante T.P.). 1a., 828 (1)5 y 1a. 828 (1)7.

cia el envío de una partida de caballería del ejército permanente para contener los excesos que a diario se cometen. Todo lo cual se le concede. Para abril de 1829, las autoridades y funcionarios de Cuautla manifiestan al gobierno, por conducto del señor prefecto de Cuernavaca, la necesidad de la permanencia de dicho destacamento, pues temen que su retiro altere el orden público, pues o que, subrayan, subsisten las causas por las que se mandó.

El 27 de abril de ese mismo año, ante la fuga escandalosa de los presos, Cuautla pide ayuda militar. Y para junio el prefecto de Cuernavaca informa que el 23 de mayo requirió del comandante militar de la ciudad de Morelos un auxilio de 15 o 20 hombres con objeto de "contener los robos que se están cometiendo en algunos puntos del tránsito de esta villa para la ciudad, y que estuvieren al mismo tiempo al cuidado de las operaciones de algunos individuos que forman reuniones proyectando revolucionar en combinación con otros del rumbo de Morelos tomando por principio, según entiendo, perseguir, y acaso asesinar a los españoles que existen en esta Villa para cometer otra multitud de robos y desórdenes que se repetirán en las haciendas y pueblos del Distrito"; expresa además que es más necesaria la ayuda solicitada "ahora (que el gobierno del Estado) se ha enterado de que las armas del pueblo de Cocoyoc se han extraviado y no se sabe qué destino hayan corrido". Se pide la permanencia del referido destacamento de caballería en la ciudad por considerarse de la mayor importancia para el mantenimiento de la tranquilidad pública, así como también se solicita el envío de algún auxilio, por mínimo que sea, pues la existencia de armas en el Estado es insignificante y no está en una total seguridad "...pudiendo servir a los propósitos de los enemigos del orden". Para su mayor desesperación, el auxilio se niega por falta de recursos para movilizar la tropa.²⁷ Patéticamente se manifiesta aquí la angustia con que se pide ayuda al gobierno central para contener la violencia, desorden social y bandidaje, y la debilidad del mismo para proporcionarla.

Según expone Arturo Warman, el gobierno liberal de Gómez Farías impuso medidas radicales como la suspensión del diezmo a la Iglesia y la expropiación del Marquesado del Valle, por lo

27 AGN, Gob., T.P., 1a. 829 (6)21 y 1a. 829 (6)18.

que no fue casualidad que en 1834 se promulgara el Plan de Cuernavaca, que depuso al gobierno de Gómez Farías y otorgó el poder a Santa Anna, quien lo conservó intermitentemente durante 20 años, durante los cuales, y gozando de su protección, las grandes propiedades se extendieron como el aceite, siempre a costa de los pueblos.²⁸ Mientras tanto, la legislación liberal va liquidando la propiedad comunal en todo el país, hasta culminar con las Leyes de Reforma, lo cual significó continuos levantamientos por un lado, y por otro el proceso de consolidación del Estado liberal.

Por si esto no bastara, la guerra de intervención norteamericana en 1847 afectó a los campesinos por la devastación de sus campos y el alza desmedida en los impuestos. Señala Leticia Reina: "A estos problemas respondieron directamente los campesinos de Morelos y del Estado de México entre otros. Las luchas campesinas del valle de Morelos quedaron involucradas en esta guerra donde se hizo notar la posición ambivalente del Gral. Juan Álvarez" (quien jugaba una balanza de equilibrios entre intereses en oposición aguda) y el que acabó por dar apoyo a los hacendados y desoír las peticiones campesinas.²⁹

Este clima de desorden e inseguridad generado por la intervención norteamericana como un sobreañadido a conflictos ya existentes, se deja ver en el informe que hace el comandante general del Estado de México el 21 de diciembre de 1847 al Ministerio de Guerra sobre las órdenes dadas por el gobernador del Estado de México para levantar fuerzas, principalmente en el Distrito de Cuernavaca, cuyo objeto se teme sea un golpe a las tropas allí residentes, en tanto que el comandante militar de Iguala habla de un movimiento revolucionario "...y todos estos datos confirman siempre los procedimientos del Sr. Olaguivel (el gobernador), sin calcular hasta dónde podrán llegar sus desmanes. Por mi parte se han tomado todas las precauciones que exige la providencia... pero séame lícito, Sor. Exmo. señalar la conducta de S. Olaguivel como la más loca e insolente, y que puede causar males inconcebibles a esta Nación desgraciada, juguete por una parte de las facciones, y presa por otra, del enemigo

28 Warman, *Op. cit.*, p. 90.

29 Reina, *Op. cit.*, pp. 17-18.

común, a quien los primeros ayudan para su exterminio". En demanda del comandante general del Estado de México se ordena al gobernador que conserve la tranquilidad pública y se le urge al cese de toda división en aquel Estado, especialmente en el Distrito de Cuernavaca. Este último, por su parte, replica no tener noticia alguna de los intentos revolucionarios de que se le habla y expone que más bien "...he tenido serios temores, no disipados todavía, de que los jefes militares que se encuentran desde Cuernavaca hasta Acapulco por medio de las providencias atentatorias que están dictando se preparan, según la voz pública, a aprovechar la ocasión favorable para desarrollar sus antiguas tendencias contra el sistema..."³⁰

No es difícil que en estos conflictivos vaivenes el campesinado haya sido utilizado como carne de cañón, aunque también, como contrapartida, pudieron ver la oportunidad para levantarse en defensa de sus propios intereses.

Así, como expone Leticia Reina, a principios de 1848, los campesinos de la región occidental del Estado de Morelos, hasta la colindancia con el de Guerrero, comenzaron a actuar violentamente en contra de los hacendados debido a usurpaciones territoriales contra los pueblos. Figuran en estas sublevaciones los campesinos pertenecientes a los municipios de Sochultepec, Miacatlán y Tetecala.³¹ Los campesinos estaban acaudillados por el teniente Manuel Arellano, sujeto a las órdenes del general Álvarez. Arellano entró con la tropa y campesinos a la hacienda de Chiconcuac y a la de San Vicente, donde levantaron mojoneras que señalaban la recuperación de tierras comunales. El apoyo de la guardia nacional a los campesinos continuó su acción de expandir linderos de las propiedades de la Cañada de Cuernavaca; los hacendados, alarmados, pidieron ayuda a las tropas norteamericanas para proteger sus propiedades. Al enterarse Álvarez de esto, reprobó la conducta de Arellano y sus seguidores, expresando la necesidad de un castigo pertinente. Al lavarse las manos Álvarez de la responsabilidad por la invasión de las haciendas, y

30 AGN, Gob., T.P. legajo 225, año 1847.

31 Reina, *Op. cit.*, p. 157.

retirar la guardia nacional su apoyo a los campesinos, se pacificó de inmediato la región occidental de Morelos.³²

En 1849, desocupado el país por las tropas norteamericanas, en el noreste del Estado de Morelos hubo otro brote de lucha campesina apoyada por 480 soldados de la guardia nacional. "En esta ocasión también participó el alcalde de Tlayacapan, Sixto Sosa, en la invasión hecha a la hacienda de Vacaleo para la recuperación de tierras comunales. También aquí el movimiento se cegó al dictarse órdenes de sometimiento para el alcalde y los soldados de la guardia nacional".³³

Arturo Warman da noticia de la reunión de 400 hombres en Tlayecac para reclamar tierras y mejores salarios en las haciendas en 1849, así como de una rebelión frustrada en Jantetelco, que parecía muy extendida, al ser apresados los cabecillas.

También en ese año Mariano Arizcorreta, gobernador del Estado de México, en la circular del 18 de julio, girada en respuesta a las quejas de los hacendados sobre invasión de tierras de las haciendas, denuncia las causas de la protesta campesina: "Persuadido el Exmo. Sr. Gobernador que la facilidad con que los promovedores de asonadas y motines mueven a los indígenas para sublevarse, resultado de que éstos se encuentran casi en su totalidad resentidos con los hacendados, sus vecinos, ya porque algunos de ellos tienen usurpadas todas o la mayor parte de las tierras de repartimiento, las que han adquirido por engaños, clandestinamente o por la fuerza, y porque en otras haciendas, principalmente en las de la Cañada de Cuernavaca y en las de Tierra Caliente, de los cortos jornales que pagan a sus trabajadores, dan una parte en papel que sólo tiene valor en sus propias fincas, precisando así en aquellos infelices a que lleven efectos que por lo regular son de mala calidad y muy caros".³⁴ Pide Arizcorreta, en esa ocasión, se celebre una reunión con los dueños de las haciendas e ingenios de Tierra Caliente "en cuyo punto se advierte mayor disgusto y resentimiento de la clase indígena" y busque convencerlos para que traten mejor a los campesinos y dejen de usurpar los terrenos comunales. En res-

32 Reina, *Op. cit.*, p. 158.

33 *Idem*, p. 159.

34 Citado por Meyer, *Op. cit.*, p. 41.

puesta a dicha circular, los hacendados movieron influencias y lograron que Arizcorreta dejase el poder, entonces el ex-gobernador publicó un manifiesto exponiendo que los antecedentes de la circular que irritó a los hacendados era un cúmulo de quejas que había recibido el gobierno del Estado sobre las usurpaciones y abusos cometidos en contra de los pueblos hasta dejarlos sin terreno alguno en que verificar sus siembras, por sobre tales quejas se recibió "...una nota del Sr. Prefecto de Cuernavaca en que se comunicaba que en Jantetelco iba a estallar una sublevación, que se había aprehendido a algunos de sus promovedores, aunque se había fugado el principal; que ella tenía por objeto ostensible el hacerse de terrenos, recobrando su fundo legal, y la que aparecía bastante ramificada... Entonces el gobierno del Estado vio que ya amagaba próximamente un rompimiento en que se apelase a las vías de hecho con perjuicio del sosiego público, de las propiedades particulares y de la paz de la nación. Calculó, acaso con error... que si esa sublevación estallase, las primeras víctimas serían los dueños o administradores de las haciendas contiguas a los pueblos, y éstas las primeras fincas arruinadas y desoladas por la sublevación, y que por lo mismo debía hacerse algo que liberase a los propietarios de ese funesto azote, que evitase la alteración de la tranquilidad y que, en caso de que esto no se pudiese lograr, el gobierno, en virtud de la medida que hubiese dictado, *se encontrase más fuerte y pudiese descargar su poder contra los insurrectos, no dejándoles ni un pretexto con que disculpar su delito*".³⁵

El triunfo de los hacendados se hizo redondo cuando en 1850, el prefecto de Cuernavaca, nombrado después de la renuncia de Arizcorreta, pidió que se promulgara una ley agraria "...que moralice a los trabajadores de las haciendas, concediendo a sus dueños y administradores facultades correccionales sobre sus dependientes..."³⁶ "A partir de entonces los hacendados actuaron públicamente de manera organizada, si bien hacía mucho que se movilizaban de manera clandestina... sus acciones públicas se concretaron en dos modalidades principales: como grupo de

35 Citado por Meyer, *Op. cit.*, p. 45. (lo subrayado es mío).

36 Warman en referencia a Díez, en *Op. cit.*, p. 92.

presión política frente al Congreso, el gobernador y el presidente, y como patrones de fuerzas armadas particulares que contribuyeron a la creación y mantenimiento de un clima de violencia en Morelos que persistió hasta 1875".³⁷

Un clima tal es reconocido de facto por circulares como la del 24 de julio de 1855, emitida por el gobierno del Distrito de México, que reza como sigue: "... Queda comunicada a las autoridades dependientes de este Gobierno para su cumplimiento la orden suprema en que S.A.S. se sirve prevenirme se persiga con el mayor empeño a toda gavilla que invocando algún principio político cometa violencia de cualquier género, ya difundiendo la alarma entre los habitantes pacíficos, ya lanzando a la carrera del crimen a los incautos que eligen para instrumentos de las mismas..."³⁸

Según expone Leticia Reina, hacia 1850 las haciendas del noroeste del Estado de Morelos no sólo habían recuperado las tierras invadidas por los campesinos en 1848, sino que continuaron su avance territorial contra las propiedades indígenas. La insurrección no se haría esperar. Tal fue el caso de una comunidad de la municipalidad de Cuautla, vecina de la hacienda de Santa Inés. En octubre los comuneros rompieron la barda de piedra que el hacendado puso en el campo de San Martín, propiedad de la comunidad, ante lo cual el dueño de la hacienda pidió ayuda militar para contener a los campesinos de diferentes pueblos que comenzaban a movilizarse. Los guardias rurales (creados por la ley del 9 de Octubre de 1849) fueron enviados a controlar el movimiento, pero en vez de ello se unieron a los campesinos y les dieron todo su apoyo. Las autoridades, alarmadas, prometieron investigar la posición de los linderos, pero esta promesa no fue eficaz por mucho tiempo, de manera que ante su incumplimiento muchos pueblos volvieron a levantarse, al parecer en contacto con otros del Estado de Guerrero. Ante el avance de la lucha, las autoridades militares recurrieron al desarme de la guardia nacional como medida para quitarle el apoyo a los campesinos levantados, con lo cual estos se pacifican.³⁹

37 Warman en *Op. cit.*, p. 92.

38 AGN, Gob., T.P., legajo 1048, año 1855.

39 Reina, *Op. cit.*, pp. 162-64.

Para el año de 1852 comenzó otra sublevación, ahora en el pueblo de Xochitepec, al sur de Cuernavaca, motivada también por la pérdida de sus tierras comunales y el incumplimiento de su restitución por parte de las autoridades. Este movimiento se dirigió contra las personas de los hacendados y administradores públicos que nunca les habían hecho justicia; fue un movimiento efímero que terminó aparentemente con la aprehensión de sus cabecillas. Sin embargo, al año siguiente los mismos campesinos, unidos a más pueblos de Morelos, insistieron en sus peticiones. En efecto, en 1853, en el sur del Estado, frontera con Guerrero, el movimiento campesino prendió con renovada fuerza, iniciándose al sureste de Cuernavaca, en Tepalcingo, y pidiendo como siempre la restitución de tierras. Pronto el movimiento se generalizó y los campesinos de Tetecala y Tenancingo (Estado de México) se sublevaron abiertamente contra los hacendados. Como una mancha de aceite el movimiento siguió avanzando, ahora hacia el norte de Guerrero, en Tierra Caliente. Como la mayoría de la población campesina disponía de armas por haber formado parte de la milicia nacional, los hacendados y jefes militares estaban temerosos. Por ello se buscó apagar la acción reivindicatoria prohibiendo a los campesinos portar armas, y se situaron fuerzas destinadas a la represión cerca de los pueblos sublevados, para impedir cualquier acto contra las haciendas.⁴⁰

El temor generalizado entonces hacia las erupciones de violencia campesina hace el trasfondo de la orden dirigida por el Ministerio de Gobernación al gobernador del Estado de México el 10 de junio de 1856 en el que se le manifiesta que "...según noticias que tiene el Gobierno General, es de temerse un conflicto bastante serio entre los hacendados de la Cañadas y Amilpas con los pueblos inmediatos a ellas, y con motivo de usurpaciones territoriales de que dichos pueblos se quejan *con más o menos fundamentos*: que para evitar este conflicto, el gobierno general cree conveniente que el del Estado de México nombre dos o más personas que merezcan toda su confianza... con el objeto de que fuesen a practicar un apeo y deslinde general, con previa citación de los pueblos colindantes para poner en claro las usurpaciones

40 *Idem*, pp. 165-68.

que hubieran hecho, y así mismo para poner perpetuo silencio a los pueblos que no hubieren sufrido ninguna ...".⁴¹

Para 1856 y 1857, Leticia Reina registra movimientos de protesta ante hacendados en demanda de aumento del jornal por parte de los operarios de las haciendas cañeras. En el municipio de Yautepec primero, en Cuautla después, donde los operarios de caña de azúcar para presionar al dueño de la hacienda de Santa Inés a cumplir con sus demandas, quemaron parte de los campos de caña. Esto se repitió en la hacienda de Pantitlán, cerca de Oaxtepec y al parecer también los de la hacienda de Cocoyoc. Aunados a estos movimientos, hubo campesinos que empezaron a tomar los campos de cultivo de las haciendas. Para acabar con estas formas de protesta campesina, el presidente Comonfort ordenó en junio de 1856 el desarme de todas las poblaciones y haciendas del distrito de Morelos y del de Cuernavaca. Los campesinos considerados como autores de los incendios fueron encarcelados y se procedió a una suerte de ocupación militar permanente en la región.⁴² A partir de entonces se sucedieron los levantamientos campesinos, aunque efímeros y fácilmente controlables, en Tetecala, Tenancingo, etcétera.⁴³

A pesar de que los hacendados organizaron sus ejércitos mercenarios para reprimir a los campesinos y combinaron sus fuerzas con las del ejército federal muchas veces enviado en su apoyo, además de la presión política que como grupo pudieron ejercer, la paz no fue restablecida en la región. Esos ejércitos particulares pagados por hacendados fueron, eso sí, efectivos para aplastar los movimientos campesinos más nítidos y organizados, también funcionaron para liquidar oponentes y facilitar el despojo, pero el clima de violencia persistió, dando lugar al asalto en 1861 a la hacienda de Chinconcuac, en el que murieron algunos españoles, lo que serviría de pretexto a pretensiones intervencionistas.⁴⁴ La única salida que se dejaba al campesino era

41 AGN, Gob., T.P., legajo 1048, año 1856 (el subrayado es mío).

42 Reina, *Op. cit.*, pp. 169-170.

43 *Idem*, p. 171.

44 Warman, *Op. cit.*, p. 93.

la protesta individual, que bajo la forma de bandolerismo proliferaba por todo el Estado.

Los bandidos que se harían famosos en la década de los 60 y medianías de la de los 70 formaban un grupo heterogéneo (a cualquier grupo no aliado de los hacendados y armado se le tachaba de “bandidos”), entre los que se hallaban en no poco número soldados regulares del ejército federal como el que menciona Warman haber asaltado Colhuacán el año de 1858.⁴⁵ Esto ha sido el motivo por el cual autores como Lamberto Popoca y Palacios, o el mismo Ignacio M. Altamirano, que escribieron entre 1885 y 1912, homogeneizan la formación de bandas de “Plateados”, los bandidos más célebres de los años 60, achacándola exclusivamente al licenciamiento de las fuerzas auxiliares del Estado que habían luchado en las guerras entre liberales y conservadores en la guerra de Reforma. Esta óptica —que privilegia el nivel de conflictos políticos— hace posible también que ambos autores subrayen la cooperación de bandidos “Plateados” y liberales, aunque Altamirano la considera “un lamentable error”, en la guerra de intervención francesa, de manera que la suposición, generalmente aceptada, de semejante, indiscutida alianza, pudiera hacer referencia, aunque esto no es nada claro, a caciques pequeños que hubieran podido ver en su cooperación con los más fáciles ganadores, la oportunidad de ascender un peldaño en sus respectivas posiciones de poder, puesto que resulta al menos dudoso atribuir una conciencia “patriota” a los lugareños todos, incluidos sus elementos “criminales”.

IV. “*Los bandidos elegantes*”: las bandas de Plateados. La década de los 60

La obra *El Zarco* (escrita entre 1885 y 1888 y publicada en 1901) de Ignacio M. Altamirano intenta dar una pintura fiel de las actividades de los famosos bandidos denominados “Plateados” a causa de los adornos de plata que materialmente cubrían sus vestiduras y sillas de montar. La acción de esta novela pretendidamente costumbrista transcurre entre 1861 y 1863, años estimados como los más felices para esta clase de bandidos

45 *Idem*, p. 94.

que, al favor de la guerra civil, asolaban los pueblos de Tierra Caliente en el actual estado de Morelos. Altamirano reprocha a los liberales el haber aceptado la cooperación de estas "partidas de malhechores" para combatir a sus enemigos conservadores tales como, por ejemplo, "el faccioso y reaccionario Márquez" en su travesía por algunos pueblos de Morelos. En aquellos tiempos, pinta el autor, los salteadores y bandidos eran comunes y se reconocían por las características de su atuendo (galones de plata en este caso), por los lugares en que operaban (para los Plateados sobre todo Yautepec, Atlihuayán, Xantetelco y luego Xochimancas, hacienda antigua y arruinada que fue su refugio) o por sus técnicas de robo y pillaje; en este último renglón, los Plateados destacaron en el plagio y el asalto a diligencias. Además, según Altamirano, los Plateados —envalentonados por la dificultad que el gobierno tenía de perseguirlos, y reunidos en partidas de hasta 500 hombres (cifra que suena muy exagerada)— acostumbraban imponer fuertes contribuciones a las haciendas y los pueblos y establecían por su cuenta peajes en los caminos. El jefe más renombrado de ellos era un tal Salomé Plasencia, el clásico bandido valiente y generoso, aunque el antihéroe de esta novela, apodado "El Zarco" es caracterizado como un hombre desalmado, sanguinario y cobarde que había sido trabajador en las haciendas de caña del rumbo y que se dio al bandidaje por puro temperamento (el autor nos habla de una *huida* de las haciendas cañeras, sin explicar el por qué de esta huida; empero, el empleo de dicho término no deja de ser interesante). En cuanto al personaje perseguidor de los bandidos Plateados se señala aquí a Martín Sánchez Chagollán, pequeño ranchero de la Tierra Caliente cuya motivación para exterminar Plateados se reduce a la esfera de la venganza.

Por su parte, Lamberto Popoca y Palacios en su *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos*, diciéndose testigo presencial de los hechos y episodios protagonizados por los Plateados desde el año de 1860, razona que "una de las disposiciones del nuevo gobierno (Juárez ocupa la capital de la República en calidad de presidente) fue el licenciamiento de las fuerzas liberales de los estados que habían cooperado al triunfo de la Constitución... No había millones en las reservas del tesoro nacional para derrocharlas; había necesidades; y el gobierno, que juzgaba que los soldados auxiliares habían cumplido con su deber defendiendo la

ley se limitó a dar una orden general, dando las gracias a todos aquellos patriotas que voluntariamente se afiliaron a la defensa de los principios liberales y quienes podían volver a sus hogares y dedicarse a sus trabajos habituales, que tenían antes de la guerra... Aquéllos que habían sido trabajadores de las haciendas del Estado de Morelos... no se conformaron con volver a sus primitivas ocupaciones; se habían acostumbrado a la vida agitada del guerrillero, habían cobrado amor a las buenas armas, al buen caballo y a los latrocinios revolucionarios y en consecuencia, muchos de ellos quedaron en armas con sus respectivos jefes a la cabeza, dedicándose al bandidaje".⁴⁶ "Habían sido trabajadores honrados antes de la Revolución y en ellos pudieron encontrarse sentimientos nobles de 'bandidos valientes'..." cosa que, detaca el autor —que escribe en 1912—, no ocurría con los "nuevos bandidos zapatistas". Como estos bandidos, nobles a su manera por ser lugareños con armas y no simple y llanamente criminales de toda la vida, respetaban a sus jefes: "... había garantías, relativamente, en medio de aquel caos; bastaba un pequeño servicio hecho a cualquiera de aquellos bandidos para que los jefes diesen un salvoconducto al benefactor y ordenaran a todos los cabecillas el respeto a su persona e intereses".⁴⁷

El arquetipo del bandido generoso respetado entre los más pobres se va delineando en las páginas de D. Lamberto Popoca. Uno de los jefes más valientes y respetados fue Salomé Plasencia "...quien como guerrillero, y en la toma de Cuautla el 8 de junio de 1860, a las 5 p.m., por las fuerzas liberales fue el primero que con un grupo de los suyos, asaltó las trincheras de la calle real, sobre los disparos de la artillería y entre una nube de fuego y balas que los quería contener. Se tomó la ciudad en esa hora...".⁴⁸ Después de Salomé Plasencia, que era "el más audaz, el más noble y el más arrojado", seguían en segundo orden otros muchos como José Mondragón, Felipe el Zarco y Severo su hermano, Epifanio Portillo, Silvestre Rojas, Pablo Rodríguez, Juan Pliego alias "Joyaipa", Pantaleón Cerezo, Epitacio Vivas, Juan Perna

46 Popoca y Palacios, *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos*, Tipografía Guadalupeana, Puebla, 1912, pp. 5-6.

47 *Idem*, p. 7.

48 *Ibidem*.

alias "El Chintete", etc. Todos ellos imperando en el Estado de Morelos y extendiendo sus correrías a los Estados de Veracruz, Puebla y Guerrero, después del licenciamiento de las fuerzas auxiliares liberales en 1861.

Salomé Plasencia operaba por el rumbo de Yautepec de donde era oriundo; también operaba por los rumbos de Atlihuayán, en las cercanías de Cuautla y en el Distrito de Cuernavaca. Otros famosos bandidos que "trabajaron" antes que Plasencia fueron Fidemio "El Zarco" (operó a fines de los años 30), quien fue el padre de Felipe "El Zarco" y su hermano Severo (este último fusilado en la Alameda de Cuernavaca por asalto, rapto y asesinato), y Blas Guadarrama que estaba avecinado en el pueblo de Jantetelco del Distrito de Jonacatepec.

Además de éstos, ya en tiempos de Plasencia, y famosos por lo desalmados eran Pablo Amado, Manuel Michaca, José Cortés, "El Coyote Zacacoaxtle" y "Cara de Pana" o Tomás Valladares, quienes comerciaban con los plagiados.

Sin embargo, según Popoca y Palacios, entre todos estos bandidos, los jefes "tenían rasgos de nobleza" de que carecían a menudo los subalternos. Dichos bandidos "Plateados" morodeaban usualmente por Jantetelco, Yecapixtla, Ocuituco, Totolapa, etcétera.

Popoca y Palacios también hace referencia a la ayuda que los Plateados prestaron a los liberales, ahora en la guerra con Francia. Como, según relata el autor, el gobierno de Juárez tuvo necesidad de ir reconcentrando las fuerzas federales para oponerse a la invasión extranjera, y esto dio lugar a que varias poblaciones del Estado de Morelos quedaran guarnecidas solamente por soldados de la guardia nacional: "Los Plateados ocuparon entonces la plaza de Yautepec, y se nombró prefecto político, al jefe respetado de todos ellos Salomé Plasencia... (con esto) los vecinos vivían en perpetua alarma por los desmanes de los suyos y pidieron al gobierno remediar la situación: éste nombró, entonces, prefecto a D. José Ma. Lara, "persona honorable del pueblo de Tepoxtlán, el cual estaba en armas para defenderse del bandidaje, que merodeaba por doquiera". Empero, Plasencia mató a Lara porque "no puede haber dos prefectos".⁴⁹

49 *Idem*, p. 62.

Los Plateados siguieron adueñados del poder autoritario por algún tiempo en el Distrito de Yautepec, pues aunque algunas fuerzas federales de caballería recorrían de paso el Estado de Morelos, se concentraban en México y Puebla para repeler la intervención y no podían ocuparse de batir a tan grande número de bandidos (Popoca y Palacios menciona más de 400).⁵⁰

De esta manera, sin perder su carácter de bandidos, y sacando siempre ventaja de la situación, en la Guerra de Intervención los Plateados se unen a la causa liberal (al menos eso parece), y se incorporan a las fuerzas del gobierno; concurren así a las batallas de la "Calavera" y del "Mal País" recurriendo preferentemente a emboscadas y guerrillas.⁵¹ Salomé Plasencia merodea y domina en el centro y sur del Estado, Epifanio Portillo, Pantaleón Cerezo y Epitacio Rivas por el norte, Silvestre Rojas, Tomás Valladares y Juan Meneses por el oriente, y todos ellos, cabecillas principales, al mando de sesenta o más bandidos, se unen y pelean juntos, cuando las circunstancias lo requieren, "...contra fuerzas respetables se separan e seguida para continuar por sus rumbos asaltando comerciantes ricos y hombres de fortuna. Los de mediana posición les son indiferentes, los pobres, los infelices, los desheredados son muchas veces sus protegidos".⁵²

Para introducir al personaje de Rafael Sánchez (nótese que el apellido es el mismo que el del Martín señalado por Altamirano como el exterminador de los Plateados), combatiente liberal retirado (luchó, según esto, en la Guerra de Reforma), Popoca y Palacios nos dice que: "Después de la toma de la capital de la república por las huestes invasoras, y tropas reaccionarias, y establecido el provisional gobierno militar que esperaba la llegada del Archiduque, los hacendados del Estado de Morelos pidieron ayuda a México para perseguir al bandidaje y contener sus depredaciones... Mandó dicho gobierno de pronto resguardos en las principales ciudades del Estado... (que) no se atrevían a emprender una formal persecución contra los Plateados... (mas)

50 *Idem*, p. 65.

51 *Idem*, p. 66.

52 *Idem*, p. 67.

volvieron a insistir los capitalistas de Morelos ante el gobierno militar, y entonces mandó tropas regulares de caballería y de infantería que recorrieran el Estado y persiguieran con tenacidad a todos aquellos bandidos que asolaban la comarca”.⁵³ Se escoge a D. Rafael Sánchez para contener a los bandidos y éste accede, en parte al menos (en lo cual coincide con la versión de Altamirano), movido por una venganza personal debido a la muerte de un sobrino suyo, Joaquín Sánchez; y se lanza a los cerros con un grupo de sesenta hombres: “Lo acompañan hombres resuletos y valientes como segundos jefes: Atanasio Sánchez, Guillermo Gutiérrez, Efren Ortiz, Mateo Cázares, Cristino Zapata —tío del actual Emiliano Zapata— y otros varios”.⁵⁴ Además recibe autorización para ello del jefe militar de Cuautla lo cual significa impunidad en sus ejecuciones, que deben haber sido sumarias, y también apoyo, posiblemente, de los hacendados a quienes obviamente interesaba la salvaguarda del “orden”. Entre Rafael Sánchez y sus hombres, vecinos de Mapaztlán, hoy Villa de Ayala, actuando en combinación con las fuerzas expedicionarias del gobierno, se diezmó y desmembró la organización de los célebres bandidos, acabándose con su jefe Salomé Plasencia.

Para cerrar con broche de oro su tipificación de los legendarios Plateados, Popoca y Palacios hace una interesante contraposición entre “bandidos Plateados” (leales y nobles a su manera, criados en las costumbres de la guerra, producto de una época de “luchas fraticidas” y que —muy importante— solamente perjudican a los ricos) y “cafres zapatistas”, salvajes que arrasan todo lugar por el que pasan, desharrapados que no disciernen víctimas en sus actos de violencia. Y, para remate, “...a pesar de no haber sido tan salvajes como los zapatistas, a los Plateados... se les persiguió con tenacidad hasta destruirlos, y se les trató con todo el rigor de la ley, es decir, se les fusilaba previa identificación, o desde luego, al ser aprehendidos en delito infraganti”. A pesar de las intenciones del autor, destaca el hilo de continuidad entre los dos fenómenos, resultado, cada uno en su caso, de una efervescente situación de abismales diferencias sociales.

Resalta también el hecho de que los Plateados, aunque aureo-

53 *Idem*, p. 77.

54 *Ibidem*.

lados de mito, proliferaron como hongos en tiempo de aguas en esa agitada década, muy conflictiva también en lo político.

Al respecto podemos seguir, aunque con trazos muy quebrados, a través de los ramos de Seguridad Pública y Tranquilidad Pública del Ministerio de Gobernación del Archivo General de la Nación, una situación de desorden e intranquilidad en la región, y un curioso entreveramiento de acciones de bandidaje real con acciones militares de los dos bandos en pugna; por supuesto, el trasfondo del poder hacendario también sale a relucir, aunque no siempre y en ocasiones no del todo claramente.

Para los primeros años de la década de los 60, en lo que se refiere a la seguridad pública, las cosas no pueden ir peor en el área central del país. Tal situación reflejan los robos de correspondencia y asaltos a mano armada en Puebla,⁵⁵ el temor en Toluca de que el ya muy recortado presupuesto deje a la ciudad sin luz, con el consiguiente riesgo de asaltos, robos y asesinatos,⁵⁶ la prohibición de portar armas de fuego que hace en 1861 el Gobernador del Distrito de México a sus habitantes⁵⁷ y donde se reconoce la existencia del problema. Para 1862 y 63 se reportan robos de correspondencia en Pachuca; y muchos bandidos en el Estado de Hidalgo.⁵⁸ Ya en la zona del Estado de Morelos, y también en el año de 1862, el 13 de marzo, el Ministerio de Guerra participa que ha autorizado al comandante militar de Morelos para que prudencialmente conceda indulto a los "Plateados" de Ameca, al efecto el documento dice así: "... He dado cuenta al C. Presidente Constitucional del oficio de V. con fecha 6 del actual en que comunica haber solicitado los individuos conocidos con el nombre de Plateados de la población de Ameca, se les conceda el indulto— El C. Presidente se ha servido acordar que se les conceda, dejando al arbitrio de V. que los reciba en el servicio para defensa de la República o los retire a sus casas; pero le recomienda en esta decisión la prudencia que para semejantes casos recomienda la política..."⁵⁹ Curiosamente, tal dispo-

55 AGN, Gob., sin sección (en adelante S/S), caja 475, año 1860.

56 AGN, Gob., S/S, caja 477, año 1860.

57 AGN, Gob., S/S, caja 480, año 1860.

58 AGN, Gob., S/S, caja 485, año 1862.

59 AGN, Gob., S/S, caja 485, año 1862.

sición de incorporar Plateados a las filas liberales, al parecer llevada a cabo en efecto, choca violentamente con la queja que levantan el Ayuntamiento y vecinos de Jojutla unos meses antes (el 10. de febrero), en contra de "los malhechores bajo el nombre de Plateados", pidiendo remedio a los males que les causan; el documento es de interés porque, más allá de las fechorías de Plateados, lo que denuncia es la complicidad de hacendados y autoridades políticas para defender sus particulares intereses aun a costa de arruinar los de los vecinos más pobres y menos poderosos (al parecer la zona de Jojutla era de pequeños propietarios): "Acompañó a V. E. un tanto de la representación del ilustre Ayuntamiento y vecinos de esta Municipalidad, han elevado al Superior Gobierno del Estado de México, con el fin de que V. E. sea muy servido darle cuenta con ella al C. Presidente de la República, pues nuestro propósito es que tanto el Supremo Gobierno del Estado, como el general, tengan conocimiento de los males que experimentan los pueblos de este rumbo por consecuencia del prodigioso número de malhechores que bajo el nombre de Plateados aparecieron hace algún tiempo y pululan por todas direcciones, haciendo intransitables los caminos de comunicación y tráfico de uno a otros puntos; arrebatándose así la seguridad y confianza públicas... estos pueblos en los que por ahora el robo, el asesinato y la violación son los casos que se cuentan diariamente de los bandidos, quienes últimamente han inventado arrebatarse hasta del hogar doméstico a los ciudadanos que saben tienen algunos intereses; y de los caminos a los traficantes con todas sus bestias de carga siempre que no les den luego el dinero que les piden, llevándoselos a sus madrigueras que de ordinario son Tucumán, Barreto y Hacienda de Xochimancas, pueblos y hacienda que pertenecen a la municipalidad de Tlaltizapán en el Distrito de Cuernavaca donde los tienen hasta que los llevados dan en rescate de su vida una cantidad equivalente a su fortuna...

"La administración de justicia pudiéramos decir que no existe, más que de mera tramitación; porque sucediendo con los pliegos de oficio y los reos criminales, lo mismo que con dichos caudales, al remitirse de la municipalidad a la cabecera de su Partido o Distrito, la mayor parte de los crímenes quedan impunes. Y todo esto ha pasado y pasa sin que veamos se dicte medida alguna por las autoridades primeras de nuestro Distrito, como las más in-

mediatas; así en la época presente como en las diferentes que hemos pasado bajo el gobierno político de Tetecala.

“En vano algunas veces, mediante disposición suprema, se han levantado en dicho Distrito fuerzas de policía para la persecución de Malhechores; porque manteniéndose siempre ellas de guarnición en la Cabecera de él, ningún bien resulta a los pueblos de su estadía ni de sus correrías que hacen sólo cuando necesitan recoger las quincenas o mesadas que pagan los pueblos; y aún en estos casos vienen por los caminos principales que conducen de una Cabecera de municipalidad a otra...

“Expedido por el Gobierno del digno cargo de V. E. en octubre 17 del año próximo pasado, el Reglamento para la institución de fuerzas de policía de a caballo en los Distritos del Estado, *el C. Jefe Político de Tetecala, convocando a junta sólo a los propietarios o administradores de las haciendas, y no a ningún vecino de los pueblos, como lo manda al artículo 4o. de dicho reglamento, para que dicha junta desempeñara las funciones que se le encomiendan por el mismo reglamento, por sí solo y a su arbitrio la cuota de cien pesos mensuales a esa Municipalidad, según comunicación circular de fecha 26 de noviembre del mismo año anterior... la cuota de cien pesos que el C. Jefe Político impuso a su arbitrio en esta Municipalidad, no guarda proporción con la que cada uno de los hacendados se impuso por sí voluntariamente en la junta a la que sólo ellos fueron convocados; que la fuerza de policía del Distrito de Tetecala, mientras sólo sea para guarnecer su cabecera jamás llenará su objeto, y los pueblos se hallarán en la misma necesidad de siempre de proporcionarse por sí la seguridad que necesitan...*”. Se sigue manifestando la formación de una fuerza de 20 vecinos para guarecer la municipalidad quejándose de lo oneroso de una contribución que en nada les ayuda, por lo que piden pertenecer al Distrito de Cuernavaca donde esperan recibir una mayor atención y ayuda de las autoridades.⁶⁰

En 1863 la regencia del Imperio en su Administración de Justicia (con fecha 8 de octubre) decreta que quedan sujetos a cortes marciales los individuos que pertenezcan a partidas armadas de

60 AGN, Gob., S/S, caja 485, año 1862 (el subrayado es mío).

"malhechores",⁶¹ lo mismo que más adelante emite un decreto sobre prohibición de fabricación y comercialización de armas, pólvora y municiones así como que se deberán entregar toda clase de armas y municiones al gobierno.⁶² Este clima de galopante inseguridad llevará incluso al gobierno imperial a pedir a los hacendados que sean ellos mismos quienes armen gente para defender sus propias fincas (formación de guarderías particulares) de las incursiones de bandidos ya que por escasez de fondos los guardias rurales pagados por el gobierno sólo pueden acceder a las cabeceras municipales.⁶³ En esta situación cómo no esperar que los liberales acabaran por incorporar bandidos "plateados" a sus filas si, por su lado, la Regencia del Imperio en comunicación a los prefectos de Cuernavaca, Cuautla, Tulancingo, Toluca y Tula ordena que "a los vagos que sean útiles para el Servicio Militar, los consignen a las armas, remitiéndolos al S. Prefecto Político de esta capital con la calificación correspondiente!"⁶⁴ Además, repetimos, no es difícil que los jefes de gavillas de bandidos hayan visto en esta incorporación la ocasión favorable para tener acceso a un cierto grado de poder político (como el caso de Salomé Plasencia mencionado por Popoca y Palacios) o, simplemente, para gozar ampliamente de impunidad en sus correrías por la región.

Tal entreveramiento de acciones de bandidaje propiamente dicho con movimientos militares y disidencia al gobierno de la regencia se manifiesta en la queja que el Prefecto Político del Distrito de Cuernavaca levanta a la regencia del Imperio en diciembre 21 de 1863, sobre el retiro de fuerzas que la resguardarían: "...Muchos días ha que Cuernavaca ha sido auxiliada por el Supremo Gobierno con cuatro cientos fusiles para armar a la Guardia Civil: en su Comarca existen diversos propietarios de fincas y comisiones puestas por éstos para atender a la persecución de malhechores, de manera que supuesto que dichas haciendas están armadas suficientemente por sí para atender a su seguridad, entiendo que tomando una pequeña parte de sus co-

61 AGN, Gob., S/S, caja 492, año 1863.

62 AGN, Gob., S/S, caja 492, año 1863.

63 AGN, Gob., S/S, caja 491, año 1863.

64 AGN, Gob., S/S, caja 491, año 1863.

misiones y una mitad de los escuadrones de Tetecala y Yautepec, unida llegado el caso la Guardia Civil, bastaría esto y la Compañía de Infantería de Huitzilac que reside en ella para proveer a su defensa y seguridad en razón a que como he dicho no hay sino gavillas muy despreciables de bandoleros que no es dable se atrevan a atacar a otras plazas...". Se notifica también la existencia de pequeñas gavillas de bandoleros en las cañadas de Cuernavaca y en Morelos, y para proveer a la defensa de los vecinos se piden fusiles y municiones.⁶⁵

Como para cada gobierno establecido toda disidencia, sea de la clase que fuere, es propia de "bandidos" y "malhechores", el lenguaje aplicado a estos fenómenos es el mismo, de manera que, por ejemplo, el prefecto de Cuautla para dar noticia a la regencia de la invasión de Cuautla por las fuerzas del Gral. Francisco Leyva en diciembre 22 de 1863, tacha a éste de "faccioso" y a su tropa de "gavillas de bandidos", y al describir sus movimientos por Tetelilla y Joncatepec, se habla de "robo" y "saqueo", lo cual puede referirse a que, en su calidad de "Gobernador y Comandante General del Tercer Distrito del Estado de México" por parte del gobierno liberal, Leyva se adjudicaba el derecho, como se advierte en sus proclamas a pueblos y haciendas como la de Cuahistla,⁶⁶ de cobrar pago de impuestos para sostener la guerra contra "traidores" e invasores. También en la comunicación que informa la toma de Cuautla por Leyva se piden socorros económicos para emplear "...a los guardias en el tiempo que fuere necesario *andar en persecución de Leyva y los Plateados* hasta exterminarlos o sacarlos más allá de los límites del Distrito...". Al mismo tiempo, unos días después, se reportan como novedades del mismo jaez que la antedicha, y ocurridas por los rumbos de Cuautla, un robo sucedido en el camino de Tecajec a Shavilla (municipio de Yecapixtla); un asesinato en el camino de Joncatepec a Cuautla; la entrada en Ocuituco el 31 de diciembre de 1863 de "una fuerza de caballería de setenta a ochenta bandidos al mando de un tal Figuero y de Ygnacio Rodríguez alias El Mosco. No dice el alcalde si han robado, como ese pueblo es otra

65 AGN, Gob., S/S, caja 499, año 1863.

66 AGN, Gob., S/S, caja 499, año 1863.

madriguera de ladrones..."; el asalto que hicieron cuatro bandidos a unos comerciantes en carro el día 3 de enero de 1864 en la municipalidad de Jonacatepec y en el camino que va de esta villa a la hacienda de Tenango.⁶⁷

Mientras tanto, los hacendados pugnaban ante el gobierno (en este caso el de la Regencia del Imperio) por preservar "el orden y paz públicas" pues temían el saqueo y destrucción de sus propiedades; para protegerse, pagaban de su bolsillo cuerpos de guardias rurales, verdaderas policías particulares a su servicio, puesto que los cuerpos de caballería que funcionaban en calidad de policías, debían ser pagadas por el erario público y éste estaba quebrado: "Con esta fecha (sept. 19, 1863) digo al Sr. Prefecto Político de Cuautla, lo que sigue. En vista del oficio de Ud. fecha 7 del actual en que manifiesta que siendo de todo punto necesario para la seguridad pública de ese Distrito, conservar la poca fuerza de policía de a caballo que es a las órdenes de D. Pedro Martín Sánchez, hiciese el pago de dicha fuerza desde el 24 de agosto ppdo... y el pago debe durar sólo unos cuantos días, por estarse arreglando *que lo sigan haciendo los hacendados y otros acomodados vecinos...*"⁶⁸

En esos años era el pan cotidiano el exigir dinero, sobre todo a los vecinos ricos de los pueblos, usualmente comerciantes, o a los hacendados y a sus administradores, ya fuera de parte de los liberales (en octubre de 1863 el coronel Visoso levanta 500 pesos de Jonacatepec),⁶⁹ ya de los conservadores (el comandante de Xochimilco pide 50 pesos como "préstamo" al pueblo de Zacualpan).⁷⁰ Y menudean las peticiones de auxilio por parte de los ayuntamientos de los pueblos o de los prefectos de Distrito, para defenderse de los "malhechores", por ejemplo, en octubre de 1863, Jonacatepec;⁷¹ en el mismo mes, Cuautla pide hombres, armas y parque para perseguir a una "horda de bandidos" de los cuales "...se conoce que tienen algún objeto de grande interés, bien sea sobre esta ciudad o sobre alguna hacienda para ro-

67 AGN, Gob., S/S, caja 499 año 1863 (el subrayado es mío).

68 AGN, Gob., S/S, caja 499, año 1863 (el subrayado es mío).

69 AGN, Gob., S/S, caja 499, año 1863.

70 *Ibidem.*

71 *Ibidem.*

bar el ganado o extraer por la noche o la madrugada a alguno de los propietarios que hoy se encuentran en sus fincas o por algún plan político: digo esto porque anoche han empezado a reunirse en el Rancho de Tlayca propiedad de la Hacienda de Santa Clara e intermedio del camino de esta a Jonacatepec.—Esta Prefectura por más medidas que tomó para la persecución y aniquilamiento de esta horda de bandidos, no pudo hacerlo... por la absoluta falta de toda clase de recursos...”,⁷² y hay, en los meses siguientes, más denuncias de bandidos merodeando por la misma Cuautla,⁷³ así como también por el Distrito de Cuernavaca, el municipio de Jiutepec (pueblo de Tetecalita, donde se demandan bastimentos), etcétera.

Resalta en estos documentos, como antes hemos hecho notar, el lenguaje utilizado que no discierne entre “ladrones”, “facciosos”, “malhechores”, “bandidos” o, de plano, “anarquistas”. Ejemplo de ello lo ofrece el léxico en que se da parte al Ministerio de Gobernación de la Regencia del asalto que sufrió la diligencia cerca del pueblo de Cuautlisco en noviembre de 1863: “A una corta distancia del pueblo de Cuautlisco, situado a un cuarto de legua de esta ciudad (Cuautla), fue asaltada en la madrugada de hoy la diligencia que salió para esa capital, y batida y rechazada la Segunda Sección de Seguridad Pública que la escoltaba, por una gavilla como de sesenta bandidos que estaba emboscada en una casahuetera. Al tiroteo he salido con un auxilio de infantería y la primera sección de seguridad pública, pero los ladrones habían huido y no fue posible darles alcance... Fui informado que esa gavilla la tenía oculta en el Potrero de San Fernando, José Romero, administrador de la hacienda de Calderón de la propiedad del súbdito español D. Juan Alonzo, en espera de las fuerzas latro—juaristas que se dice ocuparon Taxco y que se dirigen para estos rumbos con el fin de hacerse de recursos”. Se aprehendió al administrador quien “intentó fugarse” y fue por

⁷² *Ibidem*.

⁷³ AGN, Gob., S/S, caja 502, año 1863.

lo mismo fusilado; este administrador se presenta como “conocido públicamente como salteador de caminos y asesino”, con mucha influencia sobre los bandidos de la región.⁷⁴

La década de los 60 es testigo de los continuos asaltos en los caminos de la región a pesar de las escoltas enviadas para custodiar a los viajeros, sobre todo comerciantes importantes;⁷⁵ de la continua demanda de armas y hombres destinados a la defensa de las poblaciones;⁷⁶ de las levas forzosas entre los vecinos —trabajadores del campo— como testimonia la queja que hace el Subprefecto de Tasco a la Prefectura de Cuernavaca de leva realizada por la “gavilla” liberal de José Robles en la aldea de Apipiculco;⁷⁷ fugas de reos de la cárcel, como la realizada en la Cabecera de Morelos el 13 de septiembre de 1866;⁷⁸ de los robos de todas dimensiones, desde el de 6 mulas robadas a D. Simón Rosales, vecino de Ozumba en abril de 1864,⁷⁹ pasando por el robo de armas, hasta la amenaza directa a hacendados para proporcionarse —los liberales— caballos, armas, alimentos y todo género de ayuda que éstos, al fin, les facilitan. De ello se queja el Prefecto de Cuernavaca en diciembre de 1866: “E. S. El enemigo continúa sacando grandes recursos pecuniarios, de armas y de caballos de las haciendas; y engrosando sus filas, al extremo de hallarse en Xochitepec, a cinco leguas de esta ciudad, en número de mil hombres”.⁸⁰ O, más claramente, la misma Prefectura de Cuernavaca, un mes antes: “E. S. por las noticias que se ha procurado esta Prefectura extraoficialmente sabe que algunos dueños de hacienda, residentes en esa Capital, han escrito a sus administradores ordenándoles que contenten a los jefes de las gavillas disidentes y aún que les faciliten recursos pecuniarios excusando cuanto puedan dar auxilios a las autoridades a fin de

74 AGN, Gob., S/S, caja 499, año 1863.

75 AGN, Gob., S/S, caja 502, año 1863.

76 AGN, Gob., S/S, caja 503, año 1863, respecto de los pueblos del Distrito de Cuernavaca.

77 AGN, Gob., S/S, caja 541, año 1866.

78 AGN, Gob., legajo 1423, año 1866.

79 AGN, Gob., S/S, caja 507, año 1864.

80 AGN, Gob., legajo 1423, año 1866.

evitar así los perjuicios que pudieran sobrevenir a sus fincas. Esto ha precisado a la Prefectura a mi cargo a dictar órdenes severas para evitar que su mal ejemplo dé el golpe de gracia a la moral pública profundamente herida... Se escriben a la vez cartas frecuentes a Leyva excitándolo a presentarse en estas poblaciones y ofreciéndole recursos..."⁸¹

La unión entre bandidos ordinarios y fuerzas liberales —ya más visiblemente ganadoras— se vuelve más o menos fácil, como lo manifiesta el Prefecto de Cuernavaca a la Regencia del Imperio en comunicación del 16 de noviembre de 1866: "E. S. Las pequeñas partidas de malhechores que vagaban por diversos puntos de este Departamento han acertado a reunirse, y en número que causa ya serias inquietudes amagan a poblaciones de alguna importancia tales como Coatlan, Mazatepec, Mia-catlán y aún Tetecala.

"Algunas partidas desprendidas del sur de este Distrito y unidas con las pequeñas facciones que se limitaban a desvalijar a los caminantes de a pie y desarmados, forman también una sección que inquieta bastante a las Cabeceras de las municipalidades de Jojutla, Tlaquiltenango y Puente de Ixtla por manera que no hay ya día desde algunos a esta fecha, en que no tenga esta Prefectura el disgusto de saber que una población regular está amenazada muy de cerca..."⁸²

Restaurada la República, los bandidos siguieron sentados a la mesa, y con actitud de no querer conformarse con sólo migajas del triunfo liberal. La situación de intranquilidad y desorden era verdaderamente alarmante, y fue reconocida y denunciada en la circular del 18 de diciembre de 1868 referente "al problema que vive el país de robos y plagios" firmada por José Ma. Iglesias y donde se señalan "los muchos actos de robo y plagio", el estado de inseguridad "en que se encuentra la mayor parte del país". Como arbitrio preventivo está la existencia de una fuerza competente de Seguridad Pública para custodia de los caminos, sostenida ésta por cada Estado. Pero hecho "...de contar con elementos sobrados para custodia de los caminos, ofrece el inconveniente terrible de exigir desembolsos de considerable

81 *Ibidem.*

82 AGN, Gob., legajo 1423, año 1866.

cuantía, cuando es ya tan crecido el presupuesto de egresos, y cuando causaría una alarma espantosa el simple anuncio de nuevas contribuciones o de recargos en las existentes...". Como no es posible económicamente el aumento de la policía rural "en la escala que sería indispensable para restablecer la seguridad en la República entera" se sugiere: —que los Estados sostengan obligatoriamente a las fuerzas rurales adecuadas para cubrir su territorio; —que los hacendados y todos los propietarios financien partidas destinadas a la custodia de sus fincas, "sin perjuicio de servir también como auxiliares de las fuerzas de policía de la Federación", quedando subordinadas a los jefes de éstas. En el proyecto de ley presentado: se amplía el presupuesto destinado a los cuerpos de policía rural (art. 1o.), se ordena al gobierno de cada Estado sostener las fuerzas rurales necesarias para la seguridad pública de sus respectivos territorios (art. 3o.); se permite a todo ciudadano portar armas para su defensa, y a los hacendados y propietarios poner guardias, financiados por ellos mismos, a sus fincas (art. 5o.). También se suspenden las garantías individuales a ladrones y plagiarios y se mantiene la pena de muerte para estos últimos.⁸³

V. Surgimiento del Estado de Morelos. Comienza la persecución de bandidos en gran escala

En 1869, por decreto del presidente Benito Juárez, se creó el Estado Libre y Soberano de Morelos. Tal cosa se consiguió con el apoyo de los militares y burócratas liberales y pese a la oposición de los hacendados quienes posiblemente pensaban que sería preferible el trato con un prefecto nombrado por el gobernador del Estado de México al que pudieran manejar con facilidad para promover la protección de sus intereses. El primer gobernador del nuevo Estado fue el general Francisco Leyva, veterano liberal a cuyo gobierno se opusieron tenazmente, los hacendados. Pues bien, como dice Warman: "A Leyva le cabe el dudoso honor de haber extinguido la violencia con una más extrema y desalmada, ejecutada por el jefe de los rurales Manuel Alarcón. Esto le valió para sobrevivir algunos años a la oposición de los hacen-

83 AGN, Gob., S/S, caja 547, año 1868.

dados, pero en 1875 se vio obligado a renunciar. Había cometido dos errores imperdonables: en 1867 derrotó a Porfirio Díaz en la elección para gobernador del Estado, y en 1872 extinguió brutalmente el último brote de violencia generalizada, una sublevación en Jonacatepec en contra de Benito Juárez y a favor de Díaz. Este, al frente del triunfante Plan de Tuxtepec era en 1875 la figura nacional más importante y lo seguiría siendo durante los 35 subsecuentes”.⁸⁴

Avalando esta aseveración se encuentran las páginas de Pacheco, “El Cronista”, tituladas *La verdad desnuda de lo que pasa en el Estado de Morelos*, escritas en 1873 en Cuautla; manifiestamente a favor de los hacendados y en contra de Leyva, el autor acusa al “tirano” gobernador de reprimir, con sus fuerzas de seguridad pública, y de manera excesiva y hasta sanguinaria, todo lo que huela a delincuencia y bandidaje, aún a veces arbitrariamente; y también de castigar con la muerte a los considerados responsables de las persecuciones de bandidos fallidas. Como ejemplos menciona el “horrible asesinato” de Abundio Reyes, juez auxiliar del pueblo de Tejalpa, castigado por haber permitido la entrada, en dicho pueblo, de los célebres bandidos Ascensión y Mauricio García que con sus pequeñas gavillas asolaban la región de Tejalpa y Tepoxtlán, burlándose de sus autoridades.⁸⁵ Por habersele hallado en su casa a Teodoro Parral objetos robados de la hacienda de Pantitlán, sin más se le aplicó la ley fuga. El joven Teodoro Alaniz, quien habiendo sido indultado por el Congreso de la pena de muerte por su minoría de edad, corrió el destino del fusilamiento por el jefe político de Yautepec, el sanguinario D. José Deheza cuyas arbitrariedades, acusa “El Cronista”, se hallaron siempre respaldadas por Leyva, gobernador el cual se distinguió, continúa el autor, por la generosa aplicación de la “ley fuga” a todo aquél que, sin más averiguaciones, fuera aprehendido por bandido.

La agitación social, efervescente durante todo el siglo XIX no ha cesado, y un gobierno crecientemente centralizado y fortalecido, interesado en asegurar la paz pública para echar las bases

⁸⁴ Warman, *Op. cit.*, p. 95.

⁸⁵ Pacheco, “El Cronista”, *La verdad desnuda de lo que pasa en el Estado de Morelos*, Cuautla de Morelos, 20 de abril de 1873.

del anhelado “progreso nacional” (de lo cual, no es casualidad, Díaz hara su lema), no se para en barras para exterminar esa especie de plaga que crónicamente había ennegrecido los cielos de Morelos. “A grandes males, grandes remedios”, y para acabar con la violencia de rebeldes desorganizados y muchas veces inconscientes, se echa mano de una violencia represiva que se quiere erigir en la efectividad misma en lo que a la “administración de justicia” se refiere. Así, el diario *El siglo XIX* clama porque las autoridades, sobre todo las estatales, sean efectivas para “desterrar aquella terrible y funesta plaga que, cual una epidemia ha contaminado toda la república (...) excitamos a los particulares para que, combinando sus esfuerzos con los de las autoridades, organicen los medios de defensa y persecución tenaz contra los bandidos... Este humilde consejo lo dirigimos a los honrados moradores de Cuernavaca y sus inmediaciones, donde hemos sabido que hay una cuadrilla que tiene muy especialmente en jaque a la Hacienda de San Gabriel” (viernes 8 de enero de 1869).

En marzo de ese mismo año, un vecino del distrito de Tetecala, por conducto de *El Siglo XIX* se queja de que el jefe político del mencionado distrito de Tetecala, distrae las fuerzas de seguridad rurales y urbanas de sus obligaciones para custodiarlo en sus negocios particulares, lo cual pone en tela de juicio la honradez del funcionario (miércoles 17 de marzo de 1869). Ese mismo mes, y también en Tetecala, Gobernación dicta órdenes urgentes para acabar con “una gavilla de sublevados” (lo cual indica que no había precisamente una idílica paz en aquel distrito); al parecer, tales sublevados estaban a las ordenes de “Trujillo Vargas y socios”; para aplastarlos, se comisiona al coronel José Ma. Escalona, comandante del 5o. Cuerpo de la Policía Rural, que hasta entonces había estado custodiando la línea México-Cuernavaca.⁸⁶

En mayo de 1869, *El Siglo XIX* da la noticia de un asalto a la diligencia de Cuernavaca (martes 11 mayo de 1869), mientras que el gobierno del Estado de Morelos avisa el 10 de mayo de 1869 que los jefes políticos de Jonacatepec y Chautla aprehendieron algunos ladrones y plagiarios como Francisco Pliego, Fabián Gómez, José de la Luz Domínguez y Domingo Sánchez, en el

86 AGN, Gob., T.P., 4a., 869 (1), 5.

pueblo de Teotlalco en Puebla; todos los aprehendidos, sobra decirlo, fueron fusilados, lo cual aplaude Gobernación ya que manda publicar la noticia de dicha captura.⁸⁷

El 12 de junio de 1869, el mismo diario da la noticia del fusilamiento en el Distrito de Yautepec, de Miguel Espíndola, como reo de robo; y el 14 de julio de 1869, la misma suerte corrió, en Cuautla, el reo Alejandro Chávez, acusado de asalto a mano armada. En abril de 1870 cae "en manos de la justicia" el famoso Aniceto Moreno que asolaba los distritos de Morelos y Jonacatepec dedicándose al robo y al asesinato (*El siglo XIX*, jueves 7 de abril de 1870).

Sin embargo, los bandidos no escarmentaban: *El Siglo XIX* da la noticia, el jueves 21 de octubre de 1869, del plagio de que fueron víctimas D. Pablo Figueroa y D. Vicente Vega, vecinos de Alpuyecá; el domingo 7 de noviembre de ese año, el del vecino de Izamatitlán, en el Distrito de Yautepec, Doroteo Marenco, habiendo comenzado los mismos vecinos de aquellas municipalidades "una activa persecución de los bandidos". El martes 9 de noviembre le tocó el turno a un extranjero trabajador de la hacienda de Santa Inés, mientras una gavilla se entretenía robando a los pasajeros en el camino de Cuautlixco a la Ciudad de México, y otros bandidos llegaban a Tetelcingo. *El Siglo XIX* asimismo da la noticia de la falta de custodia en los caminos que llevaban de Morelos a la Ciudad de México y la consiguiente inseguridad (domingo 3 de marzo de 1870). El 16 de febrero de 1871, este diario notifica que la diligencia de Cuernavaca vuelve a ser asaltada, ahora en el punto llamado Tejocote, por cuarenta bandidos. La misma suerte corrió la hacienda de Zacatipu, asaltada "por cosa de setenta hombres" el 31 de marzo de 1871 según noticia del 15 de abril de ese año. No se escapó del robo la fábrica de aguardiente de la hacienda de Atlacomulco según noticia del 8 de septiembre de 1871. Y como estos ejemplos se pueden enumerar muchos más.

Indudablemente, los bandidos seguían pululando por todas partes, lo cual acrecentaba el clamor público, por un lado, y por otro la respuesta represiva de las autoridades, y esto a todos los niveles y con diferentes grados de eficacia: el 28 de mayo de

87 AGN, Gob., T.P., año 1869, 4a., 869 (1) 2.

1870, el jefe político de Chiautla pide a Gobernación mandar una excitativa a los gobernadores de los Estados de Morelos, Guerrero y Oaxaca para que cooperen en la destrucción de las gavillas que merodean en los distritos colindantes con el de Chiautla, para Morelos los de Cuautla y Jonacatepec, ya que no consideraba justo que los vecinos de su jurisdicción tuvieran que sufrir la negligencia de las autoridades vecinas en la persecución de los bandidos.⁸⁸

Junto con las actividades ya clásicas entre los bandidos de la región (el plagio, el asalto a mano armada, el asalto a diligencias y comerciantes, etc.), se dan noticias de "disidentes", "insurrectos" o "facciosos", tachados fácilmente de ladrones y asesinos, tales como Ávalos, Caldera y Olavarría que entraron en septiembre de 1869 en el pueblo de Tepalcingo proclamando presidente a Díaz,⁸⁹ o una "gavilla de pronunciados" en Tetecala y Morelos (*El Siglo XIX*, martes 11 de enero de 1870), o los "sublevados" al mando de Feliciano Chavarría (diputado), Rosario Aragón y Eduardo Arce, levantados el 8 de febrero de 1870 y reprimidos en seguida (*El Siglo XIX*, miércoles 16 de febrero de 1870).

A pesar de no haberse extinguido realmente el bandolerismo y seguir presentado dificultad la, digamos, "conservación de la paz pública" en los distritos de Yautepec, Morelos y Jonacatepec,⁹⁰ la política de exterminio a los bandidos seguida por el primer gobernador del Estado de Morelos y, más bien, por el eficaz y desalmado Manuel Alarcón, jefe de los rurales, empezaba a dar frutos, puesto que su puntual cumplimiento hizo decir a un periodista de *El Siglo XIX* en julio de 1870, desde Cuernavaca, que "comenzamos a sentir, aunque poco a poco, los beneficios de la paz. Los caminos son ya más frecuentados, y las gavillas han sido en su mayor parte destruidas" (martes 12 de julio de 1870). Lo cierto de todo esto es que por todos los medios se había tratado de paliar un problema secular cuyas manifestaciones brotaban violentas como erupciones por todas partes, pero cuyo ver-

88 AGN, Gob., T.P., 4a., 870 (1) 5, año de 1870.

89 *El Siglo XIX*, domingo 26 de septiembre de 1869. Visoso hace lo mismo en Cuautla según noticia del 25 y el 26 enero de 1870 en el mismo diario.

90 Véase, por ejemplo, el *El Siglo XIX*, 1 de diciembre de 1871, donde se notifica la aparición de "gavillas de malhechores" por estos rumbos.

dadero fondo (la agresión estructural al campesino morelense) no había sido tocado.

Lo conseguido durante la etapa de Leyva en el poder iba a ser consolidado, por lo que se refiere a la "pacificación" de la región, gracias, en gran medida, a la centralización de la violencia en un único actor pretendidamente fuente de toda legitimidad y legalidad: el Estado. Así, las bandas mercenarias de los particulares fueron paulatinamente sustituidas por el grupo de los guardias rurales, la policía federal montada, casi siempre (y en muchas regiones sin el casi) al servicio de los hacendados y cuyo jefe Alarcón, célebre por su mano dura, lo mismo reprimía bandidos que cualquier tipo de brote de agrarismo.⁹¹ Alarcón, siendo jefe de los guardias rurales de los distritos de Yautepec y Tetecala, se pasó al lado de Díaz en 1876 y recibió de éste la comisión de actuar en Morelos, Guerrero y México. Al triunfo de la rebelión encabezada por Díaz, Alarcón fue premiado con el ascenso a jefe estatal de los rurales donde se distinguió por la limpia de forajidos y lo drástico de sus métodos (a los "bandidos" les daba muerte dondequiera que los encontrase, muchas veces recurriendo a la famosa ley fuga).

Como policía duro, Alarcón fue tenido en alta estima y para 1873 era ya jefe político del Distrito de Cuautla. En 1884 fue elegido para la legislatura del Estado desempeñando, a la vez, la labor de secretario de Gobierno. A fines de 1880 y principios de 1890 se había convertido en el político más fuerte del Estado, hasta ascender al cargo de gobernador en 1894.⁹² Durante su gobierno, Alarcón favoreció a los hacendados, como no podía ser de otra manera, hasta acabar por convertirse en uno de ellos (como conviene a la definición de cacique), aunque fue lo suficientemente hábil para evitar la enemistad de aldeanos y pequeños agricultores con promesas y aún ocasionales concesiones.⁹³

De esta manera, se abre el panorama, en el renglón de la "paz pública", durante la etapa porfirista, para el Morelos rural, como sujeto a la represión que, ejercida por los guardias rurales, mermó mucho el bandolerismo ya tradicional en la región, aun-

91 Warman, *Op. cit.*, p. 95.

92 Womack, *Op. Cit.*, p. 12.

93 *Idem*, p. 93.

que al parecer no pudo acabar con él de manera definitiva y, por otro lado, suscitó con sus excesos y arbitrariedades —que tenían que sufrir los pueblos— un gran odio que, añadido a una opresión que se hacía verdaderamente intolerable, no tardaría en hacer explosión.